

—Démosle muerte,—dijeron de una manera lúgubre los caciques.

Negromonte contempló algunos momentos á la jóven, y dijo volviéndose á Temachtí:

—Descuidad..... aquí no existe nada que nos deba causar espanto. No es acaso mas que el episodio fatal de un doloroso drama.

—Sí,—dijo Tetzahuitl en el oido de D. Pedro;—esa infeliz me ama.....

—Sea lo que fuere,—dijo el gefe de los caciques;—el secreto de nuestro asilo ha dejado desde hoy de ser inviolable. Seria preciso guardar á esa mujer, y hacer que nos descubra quién la condujo á este recinto.....

.....

Donde el lector verá dos nuevas víctimas enfloradas para el sacrificio.

VILLADIEGO, que no habia querido aventurarse en las lóbregas fauces de la cueva, no quiso que Juana, si lograba salir, se hallara completamente abandonada en aquel desierto, y tuvo por prudente buscar un hueco entre las ramas, y esperar allí oculto y en silencio la vuelta de su atrevida compañera.

Pero pasaron dos largas horas, y Juana no parecia. Jorge comenzaba á creer que algo fatal habia acontecido, y ya abandonaba su escondite para acercarse á explorar la boca del subterráneo, cuando escuchó rumor de voces y vió abrirse por diferentes puntos la espesura.

Las voces siguieron hablando algunos instantes; despues callaron, y á la luz de la luna que aquella noche era esplendente, Jorge pudo distinguir que varios hombres se desperdigaban por el llano dejando tras de sí la soledad y el silencio.

—Por mi santiguada!—exclamó Villadiego;—ganas me

dan de preguntar á esos bergantes qué han hecho de esa pobre niña..... se la han tragado!..... no hay duda. Veamos ahora si me es posible hallar el camino de la ciudad....

En esto comenzó á buscar la vereda; pero no habia andado veinte pasos, cuando vió que tres hombres se adelantaban hácia él, hablando en voz alta, y se detenian á una corta distancia.

Despues de haber conversado en voz baja, pero animadamente, como podia notarse por los ademanes, uno de aquellos hombres estrechó la mano de sus compañeros, y se alejó tomando el rumbo de la ciudad de Ixtapalapa. Cuando hubo desaparecido, los dos hombres que quedaban siguieron hablando.

Jorge percibia solamente un rumor sordo y una que otra palabra.

—Ya lo creo,—dijo la conocida voz de Fray Roque;—este imbécil pudo perdernos con su necia pregunta. Pero creo tambien que esta imprudencia será la última.

—Así lo espero,—replicó Negromonte, pues no era otra la persona que habia quedado con el padre;—ahora que Salazar no puede escucharos, espero me digais de una manera general qué giro toman los negocios del monasterio.

—Ah! se adelanta.

—Habeis visto á Fray Lope?

—Acababa de separarme de él cuando recibí vuestras órdenes. El negocio marcha. Los refugiados forman ya un número de doscientos cincuenta hombres. El padre Valencia es el alma, y Andrés Tapia el brazo de esta conspiracion. Fray Lope no sabe cuál será el número preciso de los castellanos armados ya para dar el golpe; mas él calcula poco menos de doscientos.

—Lo sé; pero ya están ahí los nuestros?.....

—Todos!.....

—Todos?

—Sin faltar uno.

—Fray Lope no ha observado si inspiran sospechas?

—Bah! no conoceis á esos gznápiros..... La treta que dió al traste con el difunto Arróyave, decidme ¿á quiénes se les debe?..... Fray Lope me asegura que nuestros muchachos son considerados por Estrada y Tapia, como los hombres mas adictos á D. Hernando. Sin embargo, D. Pedro; creereis que siento á veces no sé qué vagos temores, cuando veo que diariamente crece el número de los conjurados?

—No importa,—replicó D. Pedro;—carecen de dos principales elementos, que son: el valor, y la fuerza.

—Pero la fuerza aumenta, y esto les dará el valor que les falta.

—Si les damos tiempo..... mas ya sabeis que solo espero á que se reuna allí todo lo mas terrible, para darles el golpe..... Salazar ha querido atacarlos, pero teme la excomunion..... yo haré volar el monasterio; y la comunidad y sus excomuniones, y su florido ejército de caballeros, serán en un instante menos que el polvo donde todos se abismen.

—Amen,—dijo Fray Roque:—y Salazar?.....

—Le exprimiremos..... y despues daremos un dia de regocijo al pueblo, presentándole, clavada en una escarpia, la mano que ha pillado tantos caudales.

—Por el diablo!..... parece que nuestro cielo se despeja.....

—Ya lo vereis..... apenas tocamos al principio, y ya

la suerte comienza á acariciarnos con sus favores. Nuestros negocios en Europa caminan rápidos con el impulso de ese raudal de oro que les enviamos desde las playas de la América. La pérdida de Salazar no hará mas que poner el sello á ese amor que hemos comprado á la colonia con el destierro de Chirinos y de su falanje. El matrimonio de Isabel, hace mio al futuro monarca de los aztecas, y las esperanzas que hemos dado á los caciques, ponen caudales fabulosos y pueblos enteros al servicio de nuestros planes. Un año..... un año mas, y os juro que la América será nuestra.

—Amen,— volvió á decir Fray Roque;—pero tan bello porvenir, puede acaso desvanecerse como un sueño.....

—Todo es posible.

—Pero esto es probable.....

—Qué os causa miedo?

—Que se descubra el fraude..... Si el pueblo sabe que Cortés vive..... Oh! si lo saben los indios.....

—Bah! risa me dan vuestras dificultades! Si Cortés no ha muerto, morirá..... él y todos los suyos. Los caciques de Goatzacoalcos recibirán hoy mismo trescientos arcabuces, para el caso en que secretos agentes que deben estar ya al lado de Cortés, no se hallen con valor para exterminarle..... Entretanto, el pueblo no desconfía. Y si hay algunos que aun duden, mañana se convencerán, cuando presencié el matrimonio de las viudas.

—*Crescite et multiplicamini*..... pobres ausentes!

—Teneis arreglado ese negocio?

—Oh! sí..... son negocios que se arreglan por sí solos.....

Después de esto las yerbas volvieron á moverse, y las voces fueron debilitándose gradualmente hasta extinguirse.

Villadiego reunió todas las palabras que el viento habia llevado hasta sus oídos, y después de filosóficas y concienzudas reflexiones, vino á dar á esta consecuencia:

—Pues nada entiendo.—Tal estaba de pulque!

Hombre bienaventurado! qué horas de inefable contento hubieran arrebatado á su existencia esas palabras que devoró la noche antes que él pudiera escucharlas y comprenderlas.

Algo contrariado con la desaparición de Juana, Villadiego se despidió con horror de aquellos sitios, y avanzó á toda prisa en dirección á la ciudad, cuyas luces le parecían tan lejanas como los astros.

A las dos horas entraba por una sombría calle de naranjos, que del centro de Ixtapalapa le condujo á la orilla del lago. Sonando las tres de la mañana, Villadiego desembarcaba en México. Internóse por las calles de la ciudad, y pronto se detuvo en una puerta. A los primeros golpes se iluminaron las hendeduras del postigo, y una voz gritó desde adentro:

—¿Sois Jorge de Valencia?

—Sí; sois vos, compadre?

La puerta giró sobre sus goznes, y apareció Zancadilla.

—Cáspita!—dijo este;—os haceis esperar como diablo....., entrad.....

Jorge obedeció. Zancadilla, después de asegurar la puerta, asió del brazo á Villadiego, y ambos atravesaron por un patio, subieron por una pequeña escalera, y penetraron en un aposento.

Allí no habia otros muebles que un lecho, una mesa de caoba, dos ó tres bancos de encino, y en un rincón dos candeleros, un arnés, la espada y el arcabuz de Zancadilla.

—Cuerno!—dijo Villadiego acercando el rostro al vestido de Zancadilla;—estais hecho un príncipe!.....

En efecto, aquella noche Zancadilla estaba inconocible. Además de estar perfectamente peinado y limpio, vestia calzas de terciopelo verde, justillo del mismo género y color, con mangas acuchilladas de raso encarnado, y borcegués de ante, bordados de oro. Todo era viejo. Zancadilla tenia la rara habilidad de conseguir vestidos viejos de la última moda. Erguíase con elegante majestad ante las miradas medio atónitas, medio burlescas de Jorge Villadiego.

—Canario!—exclamó este;—buen regalo preparais á la novia; pero os habeis adelantado mucho, compadre..... son apenas las tres, y el negocio tarda todavía tres horas.....

—Quiá! tres horas?.....

—Tres: yo me acuesto.

—No hareis tal, compadre; á las cuatro estamos citados por esas damas, y apenas tendreis el tiempo necesario para prepararos.

—A las cuatro?

—Sí.

—Tan pronto?

—Sí, dáos prisa, ó yo me marchó solo.....

—Esperad!..... voy á vestirme.....

Dejemos que Villadiego se acicale y vista un traje semejante al de su compañero Zancadilla, y entretanto pasemos á otra casa, donde nos esperan dos nuevos personajes.

No es importante pormenorizar la descripción de la casa.

Penetremos desde luego en una de las habitaciones, y encontraremos allí á dos damas que con la frente reclinada

en los cristales del balcon, miran extenderse tras de la cordillera los primeros tintes de la alborada.

La luz es todavía crepuscular, pero ya permite examinar el traje y la fisonomía de las damas.

Otra luz, la de la historia, alumbrará el carácter y el pensamiento de estas dos señoras.

Diana, la mas jóven, habia sido bonita quince años antes del momento en que la presentamos á nuestros lectores. Ahora su rostro, donde no se extinguian aún los últimos reflejos de una antigua hermosura, iba tomando esa circunspeccion involuntaria que dan á las fisonomías la edad, la reflexion, y esa série de ilusiones y desengaños que constituye la vida. La frente habia perdido su tersura. En las mejillas, todavía sonrosadas, podian adivinarse el número y la direccion de los pliegues que allí marcaria la sonrisa. Eran blancos los dientes, los ojos brillantes, la barba todavía graciosa. La garganta parecia tener aún veinte abriles. Diana habia sido alta, delgada, esbelta, ligera, flexible, allá en otros tiempos, cuando triscaba en las márgenes del Bétis, acariciada por las auras perfumadas de Andalucía. Ahora su cuerpo, fatigado con el peso de los treinta y cinco, no conservaba de aquellos encantos mas que la sombra; pero aun aquella sombra podia satisfacer el corazon, y envolver una cabeza juvenil con el dorado velo de las postreras ilusiones.

Ahora podia decirse que habia recobrado su frescura. El peinado, la blancura del justillo, la falda azul, los encajes, el brillo de los alamares de acero que formaban un chorro de luz desprendiéndose de su cintura, y mas que todo, la animacion y el colorido del semblante, y ciertas actitudes encantadoras, por mas que fueran estudiadas, de-